

POESIA DE ANTONIO CAMPAÑA

La poesía nueva —a la que habrá que buscarle un nombre, pues ya es de algún tiempo— ha mostrado varios momentos o aspectos en su desarrollo histórico que la han acercado a una noción más o menos plena del misterio creador. Esta aproximación, que consiste en una mayor conciencia de la poesía en los poetas, se considera hoy como un rasgo distintivo de la creación poética de nuestros días. Los momentos que constituyen este fenómeno histórico han sido superados de alguna manera; mas, entre nosotros, poesía joven y americana, ha prevalecido uno de ellos junto con la desviación que trajo consigo desde su origen. Las diferentes apreciaciones del “conocimiento poético” y muy especialmente aquella que lo identifica con el conocimiento de sí, hizo de esta poesía algo muy distinto de lo que un primer momento de esta toma de conciencia había augurado. El viaje de la “creación pura” al “conocimiento poético”, hizo girar en 180 grados la poesía del último tiempo. Lo que primitivamente había sido un ahondamiento en la esencia de la poesía, un conocimiento en profundidad, devino en un fin específico que sojuzgó a los aspectos restantes y los hizo sus servidores.

A este aspecto del “conocimiento poético” concurren factores extraños a la poesía misma y que radican en su conexión histórica, en el tiempo y espacio de esta poesía, y en la inevitable interpenetración de las manifestaciones literarias, filosóficas y científicas de la época, como los más recientes investigadores de la historia literaria nos enseñan.

Los primeros momentos son, hoy en día, casi supuestos necesarios, desprovistos, claro está, de la rigidez antinómica y de la pasión que tuvieran en el momento polémico en que brotaron las principales corrientes poéticas contemporáneas.

La afirmación que sostiene que la esencia de la poesía radica en el tipo que el poeta descubre en sí mismo, da el contenido inicial a toda la obra poética genuinamente americana y muy particularmente

a la de la joven generación. Con todo lo que la desviación de esta actitud tenga de torcida, en sentido eminentemente poético, resulta en algún grado fecunda.

Una poesía que tienda por esencia al conocimiento de sí del poeta, partiendo de sí mismo: del marco de sus experiencias y del de sus vivencias, es una poesía trágica, una poesía desarraigada, una poesía angustiada. Más todavía, cuando, como en la poesía de Antonio Campaña, está al desnudo la temprana agonía de un proceso de individuación. Proceso de individuación que de algún modo persigue toda nuestra poesía hispanoamericana y toda nuestra literatura.

La poesía de Campaña es una poesía personal, escrita en el vértice mismo de sus impulsos de individuación, en esa *cima ardiendo* con que ha bautizado éste su segundo libro.

En esta poesía es posible recoger el trasunto de una existencia atenta a su más rica interioridad. Está, en el poeta, por encima de todo, su condición humana. La condición del hombre se le manifiesta ya con cierto pesimismo a partir del epígrafe shakespeariano de su libro:

*As flies to wanton boys
are we to the gods.*

Sin embargo, hay cierta distancia entre lo expresado por el epígrafe y el sentimiento de la poesía de Campaña. Al extremo de que aquél no nos parece, directamente, ni iluminador ni significativo dentro de la producción recogida en el libro. Está, sí, el hombre y su condición de abandono o de abandonado infinito, que es como el signo de la poesía de nuestros años. Esta condición fué intuída profundamente, y hallaba en su época una vislumbre inequívoca, por el desventurado poeta Hoelderlin cuando, en sentido restricto, decía: "En tiempos miserables, ¿para qué poetas?"

En esta poesía de la condición del hombre, con una implícita metafísica antropocéntrica, existencial, podemos escarmenar casi sin esfuerzo algunos temas capitales: *soledad, amor, muerte, tiempo.*

La *soledad* no se da en la poesía de Antonio Campaña, sino como nostalgia del *otro* y se resuelve en la elementariedad del vínculo humano mediante el amor:

Porque no estamos solos sino asidos.
(“La soledad vencida”).

Poesía dramática, como es toda real poesía, dialógica, conversacional —como diría Unamuno, cuya ira habría encontrado ocasión propicia en estos días que corren—, ella va hacia el *tú esencial* de que habla Machado, el homónimo de Campaña, o, lo que es lo mismo, a aquello intuído por Rimbaud cuando dice: *J'est un autre*. Por esto se desdobra el poeta y reflexivamente se dice:

Estoy vacío al acecho de lo que soy.
(“El espíritu se aleja”).

El desdoblamiento es típico como procedimiento de la poesía personal cuya aspiración es la autognosis. Este desdoblamiento condiciona en la poesía de Antonio Campaña lo más valioso de su contenido: la alusión últimamente humana de su obra.

El instrumento expresivo muestra en él toda la imprecisión y falta de asiento que tiene la rebusca en el hondón del alma, para penetrar en el conocimiento de sí. Ello deja en su poesía una impronta barroca: la “reiteración” —procedimiento poético fundamental del verso libre y el versículo— es la forma más socorrida y la que nos va dejando la sensación cada vez más exacta y definida de una impotencia expresiva que está en la voz de casi toda la poesía americana nueva. La “reiteración” nace de un recurso expresivo insuficiente y por ello se hace necesaria una y otra vez. Así, va haciendo de esta poesía una poesía eminentemente nominativa, descriptiva y dinámica.

En “La soledad vencida”, el sentido ya clásico en la literatura de lengua hispana, de la soledad como apetencia o nostalgia del obje-

jo amado —*soledad de ti*— está notablemente expreso por Antonio Campaña en todo lo que tal sentimiento tiene de polaridad incierta:

*De algún modo, amor mío, rosa arrodillada,
iba para verte, iba hacia ese abismo ciego,
hacia el deseo bello y desolado...*

(“La soledad vencida”).

Claro está, que en la poesía de Antonio Campaña, este *deseo* se satisface en una proyección eminentemente carnal. Sin embargo, esta soledad vencida en el arrebató sexual no es realmente una solución del sentimiento de lo humano en su poesía: la vivencia del objeto amado está aquí sembrada de angustia.

El ser poético que Campaña crea en su obra como proyección de su nostalgia del *otro*, tiene la misma consistencia evanescente del ser nerudiano. Es expresión de una crisis, de una incapacidad de vínculo ingenuo. El sentimiento del *otro*, en la poesía de Antonio Campaña, yace desrealizado por una suerte de metafísica de la “duración”, por esa noción entrañable de estar inmerso en el tiempo, que le confiere a su poesía una atmósfera angustiante de objetos que pasan: todo discurre en su poesía, nada hay de estático y de permanente, ¿cómo no llegar así a la angustia, pisando sobre terreno tan inestable? Todo se hace huidero en esta poesía:

*No, tú huías y tu perdida voz
de amor vacía, roce de un alma en viaje.*

*Te ibas a través de unas puertas
que giran al revés y te devuelven continua.*

*¿Dónde ibas, hacia qué mundo sin luces,
a través de qué silencio, como la libertad, perdido,
donde el viento gira y vuelve sobre el musgo,
abuyentando furias sobre tumbas sin pájaros?*

(“La soledad vencida”).

La sensación que nosotros cobramos de la inestabilidad, de terreno nuevo, apenas hollado, que nos va ofreciendo continuamente la angustia del hacer tan cerca de la nada, encuentra también una expresión dominante en un mundo poético singular hecho de elementos tenues, móviles, resbaladizos:

*Si te buscas eres un río dormido en el aire,
una leve cascada que luego será arroyo,
un rumor de nieve deshelada, vecina de la ola,
como agua triste abandonada por su espuma,
y un poco de finales lluvias sin angustias.*

(“Habitante de las dudas”).

De esta inestable realidad de su mundo poético, trasunto indudable de su concepción del mundo como materia tráfuga —obsedido por el tiempo, por el vértigo de lo que pasa—, en el fondo de la cual está toda una filosofía de la naturaleza con pretensiones de metafísica nueva, desfigurando la inmutabilidad del ser y su vario modo de decirse; de esta concepción del mundo —actualísima Wel-tanschaung— ha nacido también todo un pesimismo contemporáneo y éste: el pesimismo poético de Antonio Campaña:

*Oh, alma mía, es inútil buscar detrás
de la propia voz, como si desde el aire
fuera a caer un dios efusivo, es inútil salvar
la mirada que se deshizo, el día
que llega buyendo de sus muertos alzados,
todo es inútil, alma mía, todo, todo,*

*si el cuerpo no encuentra su raíz definitiva,
y sufre, roto, en el fino tacto de las aguas.*
(“Habitante de las dudas”).

El amor es, en la poesía de Antonio Campaña, fundamentalmente, una experiencia de sensualidad intensa, que carga a su poesía de una atmósfera seminal, de una evidencia venusina, húmeda y blanda, que no resulta sino de un sentimiento naturalista del amor. En todo caso, de un tal sentimiento que nos permitiría distinguir esta poesía chilena y americana de cualquier otra poesía. Hay una suerte de reviviscencia del mito del nacimiento de Venus, que nos trae a la memoria el nombre del soberbio Boticelli, señaladamente, en su poema “La soledad vencida”. Hallamos en este poema una apotheosis de los sentidos, una primavera exultante y angustiada, a la vez, en el vértigo de su impulso dionisiaco:

*Al modo mío, de pastor seco y sorprendido,
y una piel llena de gritos y bestias como plumas,
de jinete que llega recién salido del mar,
recogí espanto y súbitas curvas
para mi deseo, tal un mágico país
abierto al golpe de un suspiro, recogí un rumor
de labios como de riberas, unas llamas
heridoras de prisa por mis venas y mordidos
miembros por crueles caballos desbocados.*

(“La soledad vencida”).

Como síntesis emocional este mundo poético creado por Antonio Campaña, desemboca en un paisaje del sur, primavera e invierno —para vida y para muerte—, conocido. Hay en esta poesía como en la de Neruda, como en la de Juvencio Valle, una sobreabundancia del ámbito vital, aquí húmedo, lluvioso, con vaharadas seminales que brotan de una naturaleza de primeros días de la creación; rumores secretos y colorido floral; o bien, por otra parte,

frío, lluvia, hielo, escarcha, bruma, viento, niebla, agua, río, musgo, selva, bosque, arena, lago, mar:

*Si caes al aire y me tocas y me sueñas,
si me ves por la lluvia amortecido
y me persigue tu frío de flor cortada,
la flor más triste de aquel bosque inasible,
si este rostro y esta piel y estas manos,
perdidas en la escarcha enterrando rosas frías,
tú las ves y las tocas y tu amor las devora,
si me ves ahogado en el viento cada día,
buscando el alba en medio de la hierba,
si caes al aire y me tocas y me sueñas
mi alma gime entonces antigua en el olvido,
se mira como un recuerdo sorprendido al nacer
y halla este rostro y esta piel y estas manos
como pequeños hijos de las dulces espigas.*

*Oh, si tú me ves y me oyes soy como ahora existo,
si caes al aire y me tocas y me sueñas.*

(“La vida por tu sueño”).

Hasta aquí, pues, esta breve incursión en la poesía de Antonio Campaña, en quien queremos saludar a uno de los poetas jóvenes verdaderamente significativos. Hay todavía mucho que decir de poesía tan hondamente cultivada.—Cedomil Goic.

■

“MURCILA Y OTROS CUENTOS”, de Luis Merino Reyes

Es cierto que al definir las relaciones entre el arte y la realidad podría decirse que ningún gran artista ve las cosas tal cual son, sino empinándolas por sobre el mundo demasiado objetivo en que se